

# Retrato de gente divinamente:

## *Los divinos*, novela de Laura Restrepo

FERNANDO BAENA VEJARANO

Escritor bogotano, filósofo y magíster en Creación Literaria de la Universidad Central.

Una niña de siete años, campesina, desplazada de la costa, habitante de un suburbio de los cerros orientales, colindante a un condominio de ricos. Bogotá. El hombre de 45 años, alias Muñeco, desde su lujoso apartamento de soltero, espía con telescopio y saca fotos de la inocente. Un sábado, tras un aburrido paseo anual con sus cuatro antiguos compinches del colegio, el exalumno del Liceo Quevedo sube al barrio popular en su flamante camioneta, y tras fallar en su intento de hacerse el gracioso para llevarse a la niña por las buenas, la embute de un jalón como si estuviera metiendo sus salchichas preferidas en un carrito de supermercado.

¿Por qué lo hace? Porque puede. Porque siente que tiene derecho. Porque tiene la supremacía y la soberbia que le da su clase. No porque odie a las niñas, todo lo contrario. La Niña-Niña le encanta, babea cuando le venden comida rápida. Ni se le ocurre no tener derecho a ese, uno más de sus caprichos. Es su vitrina privada de niñas pobres a las que se puede raptar y violar, en la estantería de la chusma. Está obsesionado con ella, como comprobará el narrador de la novela, su amigo Hobbit, esa misma noche, cuando espíe en el computador del feminicida para esconderle evidencias a la fiscalía, mientras toda Bogotá estalla en indignación por el secuestro e incierto paradero del cuerpecito que aparecerá, unas horas más tarde, embalsamado en talcos y aceite mineral, libre de huellas dactilares.

Muñeco, alias Kent —el de la Barbie—, no es Campo Elías, excombatiente de Vietnam, masacrando a quemarropa indiscriminadamente a los comensales del restaurante Pozzetto. No es un paramilitar jugando fútbol con la cabeza de un guerrillero en la plaza de un pueblo masacrado. No cumplía su deber, como explicó Eichmann en Jerusalén cuando respondió preguntas sobre sus motivos para el genocidio judío. No estamos hablando de la banalidad del mal. Es peor. Kent no sufre el trauma de la guerra. No tiene por qué estar perturbado. Estudió en el colegio de los privilegiados, a los que desde pequeños les inculcaron que gobernarían el país. Salió de universidad gomela. Hizo compras en Miami como quien va a la panadería de la esquina. Nació con la genio de la lámpara a su lado, hijo de mami, atenta a cualquier deseo de su amo. *¿Quieres esto? ¿Quieres aquello? Para eso eres mi niño, mi muñeco, mi rey. Comprende, mijito, que todos los colombianos, sobre todo si son de estrato más bajo que el tuyo, son y serán de por vida tus vasallos. Trátalos bien, eso sí, con buenas maneras, como si fueras igual a ellos. Y demuestra tu cultura.*

¿A cuál novelista no le darían ganas de investigar con la lupa de la ficción quién era ese consentido, el Muñeco, alias Chucky, algo así como un milenial pero con más prebendas, padres sumisos o ausentes que le dieron los mejores juguetes, narcisismo a la lata para compensar el verdadero afecto, instituciones educativas que no lo trataron

como alumno sino como cliente? ¿Quién no se preguntó, cuando los hechos reales sucedieron, hasta qué punto el monstruo no era un caso aislado sino un ejemplar síntoma agravado de los de su clase social, de los de su género masculino, fruto del currículo oculto de esos colegios hechos exclusivamente para machos, en los que la relación con el sexo opuesto se tiñe siempre de malicia, de lenguajes adolescentes en los que los senos se vuelven tetas para demostrar masculinidad ante los pares, de hipocresía cachaca que clasifica a las unas para la cama y a las otras para el altar, de testosterona colombiana que objetiva y publicita el cuerpo femenino a la vez que lo desprecia?

La lupa encuentra, al ampliar la imagen, no a un individuo, sino a su grupo de referencia: los amigotes, los otros cuatro divinos, cada uno con varios apodos, contexto de matoneo entre machorros. Son los cinco mosqueteros, *todos para uno, uno para todos, tutti para frutti, frutti para tutti, yeah, yeah*, típica banda de exalumnos que se cubren la espalda incondicionalmente a nombre de la amistad, que van escalando desde la infancia la gravedad de las pilatunas con las que elaboran sus bitácoras de tiernos recuerdos, *violar y matar a una niña indefensa, qué lío, caray, qué problema, saquemos del país al muñeco como por entre un tubo, grave, sí, pero él es gente bien, va a escarmentar con esta, una picardía más, unos añitos fuera y todo se habrá olvidado o habremos comprado ya a los jueces.*

Todo lo relata Hobbit, el bajito, el venido a menos que no logra como los demás pagar un apartamentazo en los cerros con vista panorámica, el que no goza de jacuzzi, turco y sauna privados —se imagina uno cincuenta metros cuadrados en piso de mármol—, pero consigue a cuentagotas un gesto displicente de su mami dedicada al *bridge* y a los tés de señoras; el que prefiere refugiarse, casi tan autista como los que cerrando los ojos creen librarse del horror del

mundo, vida de traductor oficial, seriados de televisión, teatro en casa. Hobbit, alias Hobbo, observa pero participa de la tribu, no se decide a ser un malandro pero los acompaña a todas partes. No tiene la valentía de Alicia, alias Malicia, amante de unos a escondida de otros, la mujer que olfatea algo muy podrido que se cuece en la cacerola. Hobbo, alias Job, no le pone desnucadero a la amante en un apartamento a nombre de un amigo, como uno de ellos, ni se acuesta con el *jet set* y toda suerte de modelitos en mansión cartagenera, como el otro cuya esposa sabe que él sabe que ella lo sabe todo (pero esposa rica que sea inteligente disimula siempre y cuando la mantengan con todo lujo). Job, alias Bobbi, simplemente no critica; asiente, aplaude de vez en cuando para que sus amigos no sientan culpa, y les sigue la cuerda con tal de que no lo expulsen del grupo. Bobbi no tiene a nadie.

La víspera del asesinato estaban de paseo, como todos los años, sin esposas, ellos cinco, los divinos, en su sociedad secreta de poetas muertos, en la finca de Atolaima. Aburridos se encuentran los dioses del Olimpo criollo, rehacios a recordar hazañas para reafirmar lazos, viendo llover, viendo al muñeco callado, jugando coca —no yoyo, sino coca, pasatiempo de recreos en épocas de la escuela primaria—, extrañamente embebido en su propio vacío existencial, solterón, con barriga ya asomada por entre los botones bajos de la camisa, que no sabe qué otras cosas innovar en materia de sexo. O quizás ya ha probado otras veces el manjar de una niña equis, sin senos, vestidita de blanco de primera comunión, zapaticos de charol, niña de barriada por la que nadie vela y a quien nadie pueda importarle. Y piensa en repetir. Y sus amigos del colegio le parecen tediosos, poco arriesgados, despreciablemente no adictos a la adrenalina del delito. Hay que demostrarles que sigue siendo el macho alfa de los gibones.

Él, que ha sido el jefe de la banda de guerra; él, el popular, el más simpático, el que saluda con afectos desbordados y a palmadotas en el hombro —que no se sabe si matan o enternecen—, el que aprieta abrazando y pasa por el más querido, el más simpático, el más chirriado de su promoción, el campeón de la copa de tenis intercolegial, por el que babeaban las más bonitas de los liceos femeninos cuando vestía su uniforme gris con blazer azul en izadas de bandera, blandiendo con osadía la batuta; el adorado por su mami, a quien todo lo que hace el niño le parece gracioso. El que luego tuvo la idea de iniciar a sus amigos con las putas finas, las masajistas del barrio del norte, el que se hizo experto ya más tarde en zonas de tolerancia, inhalación de cocaína y riñas callejeras a la madrugada al volver de Chapinero. Él. Alias Dolly-boy.

¿Novela de ficción la de Laura Restrepo? Solo aparentemente. Nombres cambiados para no herir susceptibilidades de sacrosantas instituciones ni atraer demandas legales. Precedentes inventados, perfiles psicológicos imaginados libremente, no tiene pretensiones de crónica. A un lado deja

la obra el otro escándalo, el de si el hermano del asesino le ayudó o no a ocultar pruebas; ese tema no se toca. La niña no aparece muerta en un cajón de un baño lujoso, sino flotando en una piscina rodeada de sábanas blancas, como en un ritual a lo José Asunción Silva, gótico o macabro. Eso es todo.

Por lo demás, un fiel retrato. Más fiel que los hechos a los hechos, porque cuestiona el triple. Retrata el quintuple. Enerva siete veces más ese humor fino con el que hablan sus personajes para insultar al inferior sin que se dé cuenta, ese lenguaje investigado a fondo por la autora, esa sorna patriarcal con la que los divinos se refieren a las mujeres que no son sus esposas, las camareras, las de invitar a un motel tras preguntarles su signo zodiacal, *niña, tráigame otra soda*, las charras, las de gozar, usar, penetrar y abandonar para pasar a la siguiente de la lista. El retrato ultrapixelado impresiona veintiún veces por ese desprecio hacia los humildes, esa falsa benevolencia con los empleados que es al mismo tiempo una distancia odiosa hacia los parias, los que no son gente divinamente. Las páginas no sueltan de las manos al lector que las



pasa, se enfurece, quiere soltar el libro para librarse de la carga, se pregunta si él mismo no se comporta a veces del mismo modo, si su indolencia no ha sido a la larga un aplauso para los infanticidas, una razón para las retaliaciones guerrilleras, si marchará la próxima vez que una mujer sea empalada en un parque.

Nada justifica nada por mucho psicoanálisis que se le empaque, y nadie le puso una pistola en la sien al feminicida para que perpetrara su acto. Pero, ¿no debieran los colegios masculinos de clase alta, media y baja preguntarse si la exclusión de mujeres en las aulas no genera ese morbo que luego enardece al predispuesto para la sociopatía? ¿Cómo pueden entender los adolescentes reprimidos que las mujeres son sujetos de derechos, si se las guarda en colegios aparte y se las educa como monjas para que luego sean castas esposas, si el interés por el sexo opuesto y la sana construcción de las preferencias sexuales busca su salida en los colegios para machos por medio del porno y los puticlubs? ¿Hasta qué punto es una sociedad responsable por lo que hacen sus individuos? ¿O una clase social? ¿O un subgrupo, una subcultura, unas instituciones que omiten poner en tela de juicio sus soterrados antivalores?

La novela *Los divinos*, de Laura Restrepo (Bogotá, Alfaguara, 2018), no se merece una reseña por su hondo valor poético ni es

urgente que sea leída por cada colombiano gracias al tejido muy profesional de escenas, descripciones de contextos calcados al detalle, manejo de la tensión o efectismo de la trama. Si convertimos su regalo literario en un simple trofeo estético, lo echamos a perder. No se debe felicitar a la autora de *Dulce compañía* y *La multitud errante* por la agilidad del lenguaje, la precisión de los perfiles psicológicos, la perspicacia de los diálogos o el hecho de no haberla escrito en unos meses delirantes sino tras años de investigación etnográfica. Laura no escribió ese texto para vender ejemplares como tantos escritores que usan la crónica roja para complacer con ventas incrementadas a sus editores. No se lució por eso.

El país le debe agradecer, más bien, por habernos restregado en la cara, sin tapujos —en letra imprenta, tamaño gigante, primera página—, que fuimos nosotros y somos nosotros los indolentes, los que miramos para otro lado, los que no rehacemos la educación para volverla formación, los que no damos las dosis adecuadas de autoridad y afecto en casa, los que malcriamos a los hijos de los privilegiados en colegios y universidades que más bien parecen clubs sociales o fábricas de títulos para conseguir empleo, los que nos burlamos de los enfoques de género desde que se manoseó el concepto para hacer política, los que echamos la culpa para no mirarnos al espejo... Todos nosotros fuimos los que, en un país desensibilizado, violamos y asesinamos a Yuliana Samboní. ■■